

W ALESKA EL POLACO

Guillermo Samperio

Guillermo Samperio (ciudad de México, 1948) obtuvo el Premio Casa de las Américas con *Lenin en el fútbol*. En 1999 recopiló su obra cuentística en *Cuando el tacto toma la palabra* (FCE). También ha publicado novela, ensayo y textos de varia invención. Desde 2000 dirige la fundación cultural que lleva su nombre.

El inventor José Luis Roma trabajaba en un *alien* que le habían pedido para una película de horror cósmico, cuando llamaron a la puerta; su asistente, un diseñador en robótica, fue a abrir y regresó acompañado del visitante. Roma estaba concentrado en su criatura, escuchó la voz del diseñador diciéndole que el señor Waleska lo buscaba. El inventor detuvo su tarea, giró la cabeza y vio que, junto a su asistente, se encontraba un enano vestido de traje, su rostro cuadrado le sonreía desde abajo. José Luis pensó que estaba alucinando, pero el hombrecito le tendió la mano.

—Noé Waleska, a sus órdenes —dijo, y Roma estrechó aquella pequeña mano regordeta.

—José Luis Roma; ¿para qué puedo serle útil? —respondió, y le acercó una silla giratoria al recién llegado. Al sentarse con agilidad y balancear las piernas zambas, semejó a un niño inquieto pero bien educado.

—He oído hablar de usted y conozco varios de sus productos.

—¿Como cuáles?

—Bueno... —el señor Waleska dudó y continuó—, bueno, su muñeca XR-25. Son bellas, atractivas, para todos los gustos. Usted tiene admiradores, maestro Roma.

A José Luis no le gustó que lo llamara "maestre" y empezó a parecerle un enano meloso, quien cruzó la pierna, sacó cigarrillos y encendió uno de tamaño normal pero que en sus labios se veía extralargo.

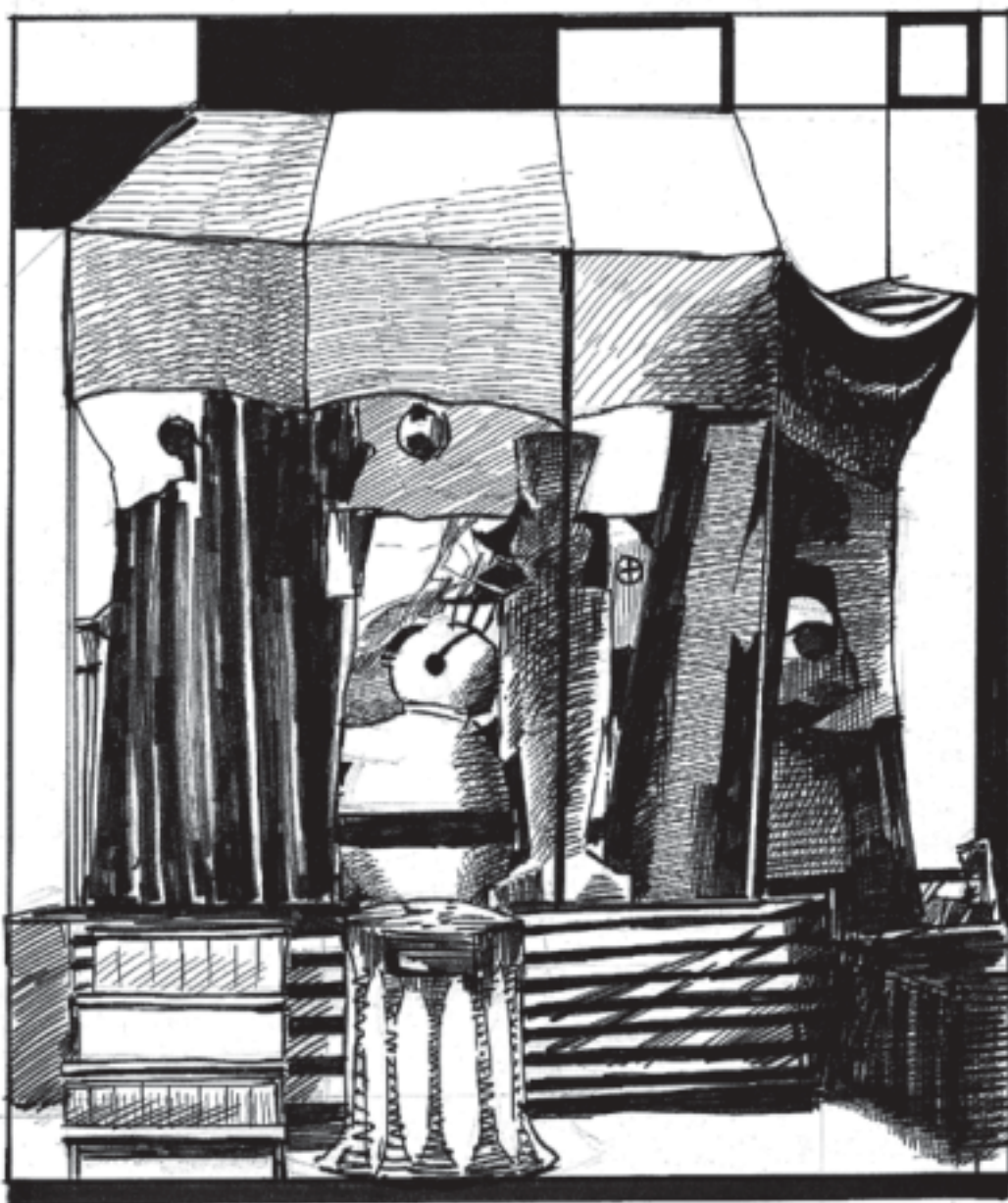
—También conozco al muñeco XR-26 —dijo Noé Waleska entre una breve nube de humo—; también hermosos, varoniles, bien plantados, serviciales, como un sueño realizado para las damas, como la XR-25 para los hombres. Son una fiesta para mujeres y hombres. Es usted un verdadero maestre...

Ya un poco inquieto y medio molesto, lo interrumpió José Luis:

—Gracias, gracias, pero ¿en qué puedo servirle?

El señor Noé Waleska descruzó la pierna, dio otra fumada intensa, hizo otra nube niña, cuidando que no se le cayera la ceniza. El diseñador de robótica le acercó un cenicero.

—Soy de origen polaco —dijo Noé, columpiando las piernas—; mi padre, enano como yo, se dedicó a los negocios, que es lo que yo hago ahora, distanciándose de la tradición circense de los abuelos. Mi padre se casó con una mujer normal, que le sacaba casi un metro. Como usted entenderá, querido maestre, la imagen de la mujer que yo tengo es la de las normales, por eso me casé también con mujer normal. El problema es que nuestra relación se ha vuelto demasiado complicada, con guerra de chantajes. Por eso compré una XR-25, la nombré Jéssica, una trigueña, y le puse un departamentito no muy lejos de la casa.



Que mencionara su origen le pareció a Roma de pésimo gusto. Si era un hombrecito de negocios, con seguridad que-rría montar una sex-shop.

—¿Qué tal le ha salido el prototipo? —dijo el inventor.

—Jéssica es una buena compañera. Quizá me paso dema-siado tiempo con ella. Nos divertimos en la cama, pero tam-bién jugamos ajedrez, un juego heredado desde antiguo en Polonia. Mi tatarabuelo, también enano, fue campeón re-gional de ajedrez, además de ser uno de los mejores equili-bristas polacos.

—¿Qué porcentaje de partidas gana Jéssica?

—Como un cuarenta por ciento, pero a mi compadre, tam-bién enano, le pone unas palizas y sólo le ha podido ganar un par de veces. Aunque siento que mi muñeca es más hábil para el póker.

Con un poco de orgullo al escuchar la eficacia de su inven-to, pero todavía inquieto —el enano no le acababa de caer bien—, Roma insistió:

—Todo está muy bien, pero me gustaría saber el motivo de su visita, señor Waleska.

El enano apagó su cigarrillo y encendió otro. Aventó varias donitas de humo que pasaron cerca de la cara del diseñador de robótica y se diluyeron en una lámpara.

—Mire —dijo Noé—. Estaba hablando de mi compadre y de él se trata y de muchos seme-jantes a él. Yo soy feliz a lado de Jéssica y no me importa que me saque más de medio me-tro, pero mi compadre y otros amigos tienen otros gustos, es decir fueron hijos de madre enana y se han casado con enanas y tienen amantes enanas. Todo enano, ¿me comprende?

—Tal vez, pero si se trata de lo que estoy pen-sando será difícil.

—No, maestre Roma, usted tiene la inteligencia suficiente para crear prototipos para enanos. Imagínese, la muñeca XR-27 enana, el sueño realizado de mis amigos y de los enanos del mundo. Usted no se preocupe por la comercialización. Yo, Noé Waleska, de origen polaco, conozco y domino la red de comunicaciones de los enanos, aquí y en otros países. No se arrepentirá.

Casi contra su voluntad, pues no le agradaba la idea de ha-cer negocios con Waleska, Roma empezó a imaginar el po-sible prototipo. Apareció en su mente una enanita coqueta, vestida de liguero, brassiere sin copas, labios carmín, cabe-llo pelirrojo, voz sensual tipo Greta Garbo. “Tendría la ven-taja —pensó el inventor— de que, desarmada, cabría en una maleta pequeña, ligera, para ir al hotel, a los baños pú-blicos o de viaje. Los enanos cínicos las andarían luciendo aquí y allá, como ya sucede con varios XR-25 y 26. Los enanos más discretos harán lo que la gente normal: docu-mentar la maleta, pasar desapercibidos y ahorrarse un bole-to de avión”.

—De acuerdo —dijo Roma.

—Celebrémoslo —sentenció Noé Waleska, el polaco— en un table-dance de enanas. Para que vaya tomando medidas, maestre Roma.

Contra su voluntad, el inventor se quitó la bata, invitó al diseñador y los tres salieron del laboratorio a divertirse como enanos. •

